



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11861

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 25 DE MAYO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Éramos pocos...

Rectifiquemos: eran; porque de toreros no tenemos nada.

El arte del toreo decae. A fuerza de multiplicar las corridas, son ya pocos los toros que dan juego.

Los espadas de cartel también escasean; pero á medida que se van retirando de la plaza ó del mundo, va creciendo la plaga de diestros de menor cuantía.

Y así anda ello.

No hace mucho escribíamos sobre este mismo asunto, dando cuenta de numerosas desgracias ocurridas á varios novilleros, de esos que se arrojan á la lidia de toros como pudieran echarse á la calle por la ventana ó el balcón.

No pasa domingo que no sea señalado con sangre; y siempre es algún novillero el que da el espectáculo de ser volteado por los toros, proporcionando sustos al público que paga, sin que éste proteste de la incompetencia de los diestros, que vienen a ser al fin y a la postre suicidas consentidos.

La fiesta nacional decae; casi ya no es fiesta ni nacional tampoco. ¿Qué ha de ser lo uno ni lo otro si en lugar de ir el público á la plaza á gozar contemplando las alegrías del «Gallo», las elegancias de Mazzantini, las guapezas de «Lagarlijo» y el trabajo con lienzo de Fuentes, va a sufrir desde el primer momento de la lidia, viendo picadores volteados, banderilleros cogidos en la suerte y espadas que luchan a brazo partido con fieras que, con raras excepciones, no salen por el rabo ni la cara, si no por el aire, camino de la enfermería?

En tales condiciones, la fiesta nacional, que nos dá en el extranjero patente de bárbaros, no tiene atractivos. Lejos de ir el público á la plaza á ver la destreza del hombre burlando el poder de la fiera

indomable y a aplaudir las elegantes suertes del galleo y las faenas magistrales de los diestros que le dieron fama y la hicieron agradable al espíritu á fuerza de probar que el peligro es poco cuando el talento es mucho, va á ver accidentales funestos que hacen renegar de toreros y toros y de quien consiente que el primer individuo que se pone un atis en diminutivo y se viste el traje de luces, se ofrezca en espectáculo en el ruedo, que es con mucha frecuencia para esos desgraciados antesala del sepulcro

Y por sí eso no fuese bastante para estar en vilo, inventa su peligrosa suerte D. Tancredo; suerte estúpida en que el hombre entrega indefenso la vida y en la que le disputan los aplausos unas cuantas mujeres que debieran dedicarse á quehaceres más compatibles con su sexo.

No somos enemigos de la fiesta de toros; pero no somos amigos de que toree quien quiera y por eso aplaudiremos a quien encuentre el medio, y lo practique, de limpiar las plazas de toros de todo lo que sobra.

La niña vagabunda

Cantando sus penas mañanas y tardes, la hermosa criatura va de calle en calle. ¡Que triste el acento es de sus cantares, invocando siempre á su pobre madre! Perdió, en el mundo ya no tiene á nadie; «¡Que triste, Dios mío, es no tener madre!» Cantando sus penas que son de sí grandes, va la huérfanita, bohemia de un arte, del que muy tierna hizo el aprendizaje. Que, son obligados

todos sus cantares, y obligados son todos sus bailes. «¡Que triste, Dios mío, es no tener madre!»

Un día unos vagos, llorando en la calle la hallaron, con ellos la hicieron marcharse. Vagó por aldeas, vagó por ciudades: Si al principio fueron alegres sus cantares, después ya la niña cantó sus pesares. «¡Que triste, Dios mío, es no tener madre!»

La copla en los labios, que también se sabe; la rítmica danza, los dichos picantes, sonrisas fingidas, gestos incitantes; he ahí lo que tiene para quien aplaude, que á sus solas, luego, sus ojos son mares. «¡Que triste, Dios mío, es no tener madre!»

La niña en el alma ya siente mortales anhelos sin cuentos, algo inexplicable.

Ya escenas de amores, de apuestas galanas, por sus sueños cruzan tontando la carne... Y, llora tan pronto, la niña sus males... «¡Que triste, Dios mío, es no tener madre!»

¡Que llora la niña...! Su suerte ya sabe... mujer es en breve... mujer de la calle será del arroyo sino de otra parte; que sola en el mundo así una voz hablale; El vicio, del paria sus víctimas hace. «¡Que triste, Dios mío, es no tener madre!»

Por eso, suspiros semejan sus frases, su danza un martirio cruel, incesante. Sus coplas son quejas que va dando al aire,

invocando siempre á su pobre madre. Perdió, en el mundo ya no tiene á nadie. «¡Que triste, Dios mío, es no tener madre!»

C. Blanco Franco.

LA CARIDAD OFICIAL Y LAS DIPUTACIONES PROVINCIALES

Titánica es la lucha que se ven obligados á emplear los presidentes de las Diputaciones Provinciales, para poder hacer frente á las necesidades de los establecimientos benéficos que dependen de dichas Corporaciones.

Para ello solo cuenta con el contingente que anualmente se señala á los municipios, contingente que estos tienen el deber de satisfacer en los plazos que determina la Ley.

Los Ayuntamientos, por regla general, eluden el pago de esta obligación, y los Presidentes de las Diputaciones se ven obligados á expedir apremios contra los municipios morosos, y mientras tanto estos no ingresan lo que deben, los Asilados en los establecimientos benéficos carecen de comida y ropa.

No hace mucho tiempo, tuvimos ocasión de comprobar los efectos de la Caridad Oficial en la capital de esta Provincia.

En la época á que nos referimos, se carecía en dichos establecimientos de todo, y la prensa de Murcia lamentábase de situación tan angustiosa.

Afortunadamente por lo que á Murcia se refiere, ha cambiado hoy la suerte de esos establecimientos benéficos.

Durante la época que D. Angel Moreno, ha estado al frente de la Diputación, los pagos todos han ido al corriente, cobrándose todas las atenciones de material y personal.

Creyeron algunos que al dejar el señor Moreno la Presidencia de la Diputación, volverían los establecimientos benéficos á carecer de todo lo necesario para cubrir sus necesidades; y los que tal cosa creyeron se han equivocado, puesto que el Sr. Moreno ha tenido un digno sucesor en tan honroso y difícil cargo.

D. José Maestro presidente actual de la diputación de esta provincia, con un celo y una actividad dignas del mayor elogio, si

gule las huellas de su antecesor, y tiene la complacencia de ver recompensada su campaña en favor de la Beneficencia, pudiendo, debido á sus activas gestiones cerca de los ayuntamientos, hacer frente á todas las necesidades de la misma.

El Sr. Maestro es una garantía para los establecimientos benéficos de Murcia.

Los propósitos que lo animan y que nosotros conocemos, son dignos de aplauso.

El amor á la caridad, se alberga en su corazón, y el que allá en Portmán levantó de planta un hospital donde se socorre al pobre, y se ampara al desvalido, no puede mirar impasible que los asilados de la Beneficencia Oficial encomendados á su custodia carezcan de alimentación y vestidos.

Por eso hemos dicho y volvemos á repetir que el Sr. Maestro es una garantía para los establecimientos benéficos de Murcia.

Curiosidades

Las convulsiones constituyen una de las enfermedades comunes en los canarios. Por lo general, son producidas por alimentación exagerada ó impropia y se corrigen alterando la dieta. En tal caso, así como cuando es irritación lo que produce las convulsiones, conviene dar al pájaro alimentos laxantes, tales como un pedazo de higo ó de manzana.

La alimentación de los canarios es muy importante.

Requieren estas aves simientes mezcladas, y no, como generalmente se les da, una sola de ellas. Su ración debe consistir de cuatro partes de alpiste de la mejor calidad, bien limpio y fresco; tres partes de simiente de nabo dulce; dos partes de mijo y una parte de cualquier otra simiente, para variar.

No debe dárselos nunca cañamones, porque les engordan demasiado, los estropean la voz y hacen que muden antes de tiempo.

Igualmente se debe procurar no darles bizcochos ni azúcar, que es precisamente lo contrario de lo que generalmente se practica.

Les conviene de vez en cuando un pedazo de manzana y la yema de un huevo cocido duro con un poquito de pimienta de Cayena. La lechuga, los berros y el diente de león, ó amargón, son excelentes para variarles la dieta.

Para asegurarles buenas digestiones es

Terror glacial, que anulaba toda idea y todo sentimiento, se apoderó de su ser; cubriose el rostro con las manos.

Pasó otro segundo, durante el cual un mundo entero de ideas, de esperanzas, de recuerdos y de sensaciones acaudó á su mente.

—¿A quien matará? ¿A mí ó á Mikhailoff? ¿O á los dos juntos? Y si es á mí, ¿en dónde me dará? ¿En la cabeza? y todo habrá concluído; ¿en un pie?... me lo cortarán, y yo asistiré para que me den cloroformo y poder seguir con vida. Quizá muera sólo Mikhailoff; y contaré después que estábamos juntos y que me roció con sangre. ¡No, no, está más cerca de mí! ¡Seré yo!...

Y aquí se acordó de los doce rubios que debía á Mikhailoff y de otra deuda de Petersburgo que hubiera debido pagar á su tiempo; una canelón tzigana que cantó la víspera, acudió á la memoria. Presentóse también á su imaginación la mujer á quien amaba, con una gorra de cintas, color lila, en la cabeza; el hombre que le ofendió cinco años antes y del que no se había vengado; pero entre todos aquellos recuerdos y otros muchos más, el sentimiento de lo presente (la espera de la muerte), no le abandonaba. Si no estallase—se decía—y estubo á punto de abrir

los ojos con audacia, desesperadísimo; pero en aquel instante, á través de sus párpados entreabiertos, una llamarada roja hirió sus pupilas; algo le golpeó, con estruendo terrible, en mitad del pecho, saliendo al azar, se le caedaron los pies en el sable, vació y cayó de costado.

—¡Gracias á Dios! sólo tengo una contusión.

—Esta fué su primera idea, y quiso tocarse el pecho; pero le pareció que tenía las manos atadas; una prensa le oprimía el cráneo; ante su vista corrían los soldados; contábalos maquinalmente.

—Uno, dos, tres soldados; ahí va un oficial que pierde la capa.

Brilló otro fogonazo, y preguntóse qué habian disparado; era mortero ó cañón sin duda. Tiraron de nuevo; otra vez soldados; cinco, seis, siete; siguen adelante; y de pronto sintió miedo horrible de ser pisoteado por ellos. Quiso gritar, decir que estaba contusionado, pero tenía seca la boca; se le pegaba la lengua al paladar y sentía sed ardiente; conociendo que su pecho estaba mojado, la sensación de aquella humedad hacía pensar en el agua; hubiera querido beber lo que le mojaba.

—He debido desollar al caer—se dijo; y cada vez más asustado ante la idea de que se aplastasen

regimiento de hulanos en el gobierno de F., junto á mi amiga Natacha? Y ahora, lo que me espera!...

Y se puso á contar: uno, dos, tres, cuatro, diciéndose que si la bomba reventaba en número par, viviría, y si era en impar perecería. —¡Todo concluyó! ¡Soy muerto!—pensó al oír la explosión, sin acordarse de lo de pares ó nones. —Herido en la cabeza; sintió violentísimo dolor.

—¡Señor, perdona mis pecados!—murmuró juntando las manos.

—Trató de levantarse y volvió á caer desvanecido, de cara al suelo.

Su primera sensación, cuando tornó en sí, fué la de la sangre que brotaba de la nariz; el dolor de la cabeza no era tan fuerte.

—¡Es el alma que se va!... ¿Qué habrá allá?... ¡Dios mío, recibí mi alma en gracia! No obstante, es extraño—reflexionaba—me muero, y oigo visiblemente el andar de los soldados, y los tiros.

—Aquí una camilla; el comandante de la compañía ha muerto—gritó, por encima de él, una voz en la que reconoció la del tambor Ignatoff.

Sintióse levantado por los hombros; abrió los párpados con esfuerzo y vio sobre su cabeza el cielo azul oscuro, miriadas de estrellas y dos bombas que era